

La historia que nunca fue contada

Gualberto Floreal García el oro para el pueblo

Una historia inédita, por un protagonista, F

“Nació en el Cordón, en Gaboto entre Paysandú y Cerro Largo, el 25 de mayo de 1943. Fue en la primavera del '45, cuando aún no tenía asentado su espíritu localista en la zona, que lo esperaba un barrio pintado por letras de tango. Callecitas estrechas entre racimos de transparentes. Y donde el cemento se abraza con el cordón, líneas de agua como enanos ríos. A los pocos minutos de un aguacero, se volvía inundación, en Salustio y Galvani. Una esquina ochava donde la familia García Larrosa, con seis hijos, tenía como única perspectiva la de sobrevivir pagando con duras cuotas de lucha y rigor. Floreal padre, jefe de familia, un hombre bonachón, bohemio, gran bailarín tanguero, murguista y obrero del espejo. La esposa y gran madrecita, debía multiplicarse en las tareas de la casa y con una escalera de travesuras, simples e inocentes. Mary, Haydée, Floreal, Rocío, Uruguay y Luis. Iban creciendo en aquel contorno. El templo del saber era la escuela pública N° 129 en General Flores y Guerra. El viejo Floreal, creyendo en el deporte, fundó un cuadrado con camiseta en bastones rojos y blancos, con el nombre de una gloria del viejo fútbol celeste. Leandro Andrade”

Ambito cósmico, suburbio fraterno

“Todo eso en un lugar de Montevideo. Hipódromo de Maroñas, barrio Los Olivos, con las fronteras delineadas a olfato de grapa y vino proletario. Con sus bares típicos, Las Acacias, El Zepeñín, Los Amigos, La Cervecería, El 33, El Rhin, Parador, y el corazón de todos nosotros, los clubes Centella y Niágara.

Yo a los 15 años había practicado boxeo en la portuaria callecita Yacaré, en el famoso ‘Stadium Boston’, cuando eran los tiempos del *Pocholo* Burgues, *Bolo*, *Punch* Rodríguez, *El Zurdo* Troiteiro, *Fierrito* Fernández y Felipe Fuentes. Por lo tanto, tenía conocimiento de causa. Y cuando culminó un partido del Leandro Andrade, el *viejo* Floreal me apuntó que quería hablar conmigo en la tranquilidad de su casa. Resultaba que Felipe Silva Burgueño, un moreno querido que hacía algunos años había colgado los guantes, había invitado a Floreal García a practicar boxeo en el legendario Boxing Club Canillitas. Aquel ex *ñato* estaba encantado de la fortaleza física de ese *jás* derecho del cuadro que fundó su propio padre. Con pantalón corto y una pelota, el muchacho era toda vehemencia. Y el padre aprovechó a consultar sobre si al hijo, Floreal, le veía algunas condiciones. Y yo le espeté que había que verlo bien. Y decidimos que al otro día, con el moreno Felipe en el patio de la casa, haríamos un round de examen. Pasé por el Centella, y con Jacinto, Tomasito y el *Coreano* fuimos a la prueba. Floreal tenía 16 años, yo 18 y la experiencia que relaté al comienzo. Se me vino con notable vehemencia, y si bien yo no tenía un boxeo para deslumbrar, su inexperiencia me dio como para controlarlo. Tras esos tres minutos, sentenció: con un año de trabajo en el gimnasio, va a dar que hablar

Nace un gran campeón, tropezando

“Al otro día, con su padre y Felipe entraba por primera vez en una academia. Detrás de la plaza de la Unión, el Boxing Club Canillitas tenía como técnico a Juan Umpiérrez. Corría el año 1959, ¡qué

tiempos aquellos! Nuestros héroes eran Dogomar Martínez, Omar Pereyra, Pilar Bastidas, *Pocholo* Burgues, representante del barrio Los Olivos, con técnica espectacular de artista artesano. En el fútbol callejero teníamos al ‘Maravilla’, Sergio Pérez, el inolvidable *Checo*, o ‘Chatarra’, para sus compañeros municipales del Cerrito. Una traidora rueda de un camión segó su vida.

Del barrio éramos varios, los que trepábamos a un 102 sumados a los entrenamientos del Floreal. El *Bombón* Fredo, si hubiera pesado diez quilos menos también pudo ser un fenómeno. Y nuestro crédito trabajaba con fuerza y determinación. Empezaron los duelos interclubes. Y Floreal empieza a ganar. Ya en 1961, como novicio le tocan rivales más exigentes. En el Bohemios contra Wellington Vilela de Peñarol, con las tribunas repletas. Era la experiencia contra la fuerza del ascendente Floreal. Para nosotros había ganado, pero el jurado dio vencedor a Vilela. Para dar ánimo al amigo, subimos al ring y lo levantamos en andas. Nos tuvimos que ir con custodia policial, pero respetuosamente. Y por una idea, nacida frente a la panadería Los Olivos, junto a la casa del *viejo* Floreal en un terreno que allí existía habíamos fijado un ring. Y para cincuenta gratuitos aficionados, nos dimos como en la guerra. Y vuelven los torneos nacionales de novicios y el *Pelado* Floreal puso las cosas en su lugar y le ganó a Vilela. Después le pusieron adelante, ya como fondista último escaño para ir al profesionalismo, al experimentado y de duro golpe Abel Araújo del Boxing Club Olimpia, bastión del barrio Gururú. Llegó aquella noche y otra vez el barrio se conmovió. Peleaba el *Pelado* y del viejo Centella, vía 156 de CUTCSA, se iban los grupos de muchachos humildes a alentarlo”

Una muestra de clara conciencia

“Esa noche, ganó ajustadamente. Y dio un indicio de su personalidad cuando salimos de vuelta para el barrio. Al terminar la velada, el público abandonaba rápidamente las instalaciones. Salimos con él, y cuando íbamos por Cerro Largo a tomar el ómnibus, un coche moderno y lujoso paró junto a nosotros. Le ofrecieron llevarlo a descansar más temprano. El *Pelado* respondió: ‘muchas gracias, con ellos vine y con ellos me voy’

Por aquella época, la celebridad de los torneos era muy importante. Pero en la Argentina había más continuidad. Ellos se volvían profesionales con más de cien combates. Acá apenas con unos veinticinco. Y la noche del 16 de mayo de 1962, el Palacio Peñarol recibió más de 1.500 personas. Era la tercera pelea con Vilela, que era doble campeón latinoamericano. Las anteriores habían sido un triunfo para cada uno. Esa noche, ante tan consagrado rival, Floreal García se clasificó campeón de novicios veteranos, tras avasallante actuación. Aquellos tiempos del ‘62, eran diferentes para los



Hugo Pocho García, contó la historia que nunca se había relatado de Gualberto Floreal García...

jóvenes. La vida y el intercambio de opiniones nos iban dando estribo para subir al ómnibus de la justicia social, deseosos de cooperar en la lucha por mejorar el mundo. Habían figuras que nos imantaban en los rostros de Fidel y el *Che*, tras derribar al tirano Fulgencio Barista, repartiendo la tierra y llevando a los postergados a ser dueños de sus propios destinos. Del barrio era el *Gaucha* Idilio De León, muchacho de Tacuarembó muy querido, que cayó, según los partes, años después en un enfrentamiento con las Fuerzas Conjuntas. Tampoco supimos nunca más del *Mejicano*. Ambos llenos de entusiasmo e intrepidez, que nos dieron su amistad por encima de todo...”

Preámbulos y la hazaña

“Aquel año ‘62, tuvo también el gran campeonato de veteranos ‘Ciudad de Montevideo’. Dos mil personas, con un gran entusiasmo, asistieron al cuarto combate entre el *Pelado* y Vilela. Volvimos en manifestación para el barrio. Era como tocar la gloria en aquellas humildes calles”.

—Los triunfos seguramente, querían saltar las fronteras.

—Claro, y la meta era el Latinoamericano. Que iba a ser nada menos que en el famoso Luna Park. Era en noviembre y debíamos los uruguayos defender el título logrado en 1960 en Montevideo. Floreal debutó ante el peruano Manuel Zagarra y ganó por fallo unánime. Ninguno de la barra pudimos estar allí. No pudo ser campeón, él adoraba un batido de huevo que le provocó un problema hepá-

tico. Al llegar a Montevideo, más allá de un fallo muy silbado por el público, con aquella gran dignidad que tenía, dijo que había perdido lícitamente. Así era el *Pelado* Floreal. Pero venía la revancha, era el Panamericano de San Pablo, en abril de 1963. Se realizó un selectivo en el Palacio Peñarol y los clasificados para representar a Uruguay eran: Gualberto Floreal García (Mosca), Washington ‘*Cuerito*’ Rodríguez (Gallo), Roberto ‘*Hopalong*’ Aguiar (Pluma), Washington Trápani (Ligero), Carlos Franco (Mediano), y en el Pesado, Raúl Aguilar, que en Buenos Aires a pesar de haber perdido ante Ringo Bonavena, había sido vivado por el propio público porteño. Los dirigía el maestro don Pedro Carrizo. Y el *Pelado* comenzó ese año lleno de esperanzas: así fue su vida, un motor que funcionaba con sueños. *Footing* a la mañana y gimnasio a la tarde. Muchas veces algunos voluntarios salíamos a correr con él, pero a los pocos kilómetros parábamos y él seguía como una locomotora. Sólo en bicicleta alguno conseguía llevar su paso. A los 15 o 20 minutos él volvía, nos poníamos juntos y llegábamos llenos de alegría, corriendo en barra por las calles del barrio. Y una preocupación sola le aquejaba: no tener un trabajo que le permitiera entrenar, para no ver a su querido padre bancándolo. Cuando el Latinoamericano, los dirigentes le habían prometido que si andaba bien le conseguirían un empleo estatal. No le cumplieron ni le volvieron a hablar del asunto. El no era de frecuentar ni de palmoear espaldas de directivos.

Llegaba a boxear, hacía lo suyo con técnica y coraje, y se volvía con los suyos. No era una miseria total en su casa, pero había pobreza más allá del gran esfuerzo de Floreal Agustín García, noble padre de familia, que puedo decir que acompañé hasta el final de sus días en un duro trayecto. Y bueno, aquella selección entrenaba en el legendario Boxing Club Olimpia, en Buenos Aires entre Maciel y Guaraní, a pocos metros del famoso bar El Hacha. Otra leyenda del barrio Gururú. Muchas veces veíamos llegar a un chico con un cajón de lustrabotas, despierto y vivaracho, esa especie humana que generalmente da la calle. Y le pedía a don Pedro si podía bañarse. Después de la lógica afirmativa, recorría bolsas y *punching-ball*, casi jugando. Era el ‘*Sapito*’ Alvarez que, con los años, llegó a estar quinto en el ranking mundial. Eran entrenamientos en base a guantes, durísimos, tremendamente violentos”.

Una odisea de bravíos

“Era comienzos de abril y se me fija una idea: ir a San Pablo a ver los Panamericanos y estar junto a Floreal, nuestro querido *Pelado*. Se lo planteo a los amigos. Saltaron como resortes en la puerta del Centella y decidimos ir. ¿Cómo? Esa era la cuestión. Sólo podían acompañarme quienes por razones laborales o de familia pudieran emprender la odisea.

Así, elegí dos para la aventura: el *Cascarilla* Adhemar Da Silva y el *Negro* Plá. En silencio, sin bulla, mangamos al Tito Marquito, que como almacenero y benefactor del barrio nos donó un par

Julio Toyos

rcía, plo Hugo Pocho García:

de botellas de vermouth para rifarlas. Nos salió un trabajito que era desagotar un sótano en Salustio casi Niágara. De esa manera entraba dinero en el bolsillo del Negro Plá, que era el tesorero. Y llegamos a una suma que podría alcanzar o no, para llegar a San Pablo. *Cascarilla* era menor y debió ir el padre a firmar en Emigración. Fuimos al consulado del Brasil, tres fotos, unos cartones con muchas preguntas y nos dieron la visa. Todo era en el más completo silencio, para no poner nervioso al *Pelado*. Y llegó el día que viajaba la delegación en aviones de la Fuerza Aérea. Y allí, en el aeropuerto, le digo medio entre dientes a Floreal que *'a lo mejor en unos días andamos por allá'*. Endureció las facciones ya severas, y me respondió *'Pocho, por favor no hagan locuras'*. le dije que eran bromas y se fue tranquilo. Nos quedamos con la tibieza de su abrazo. Ellos se fueron por avión, nosotros saldríamos por... tierra. Cuando les contamos todo a nuestros familiares y amigos cuál era nuestra decisión, nos miraron como a locos. Eran 1.500 kilómetros y sólo teníamos dinero para la ida. Las bases de mi persona física, mis zapatos, estaban en las últimas. Eran los únicos en uso. Opté por llevar unos que ya había jubilado por inútiles, que me arreglara un poco un zapatero-hermano de toda la vida, José Sanackián. Estaba esperando, aún no los había ni tocado, cuando sonó la bocina de un taxi. Y el zapatero, atónito (ya que no creía lo del viaje), escuchó cómo el Negro Plá me gritaba. *'¡Pocho, Pocho, nos vamos!'*. El José se compadeció y me dio un par de sanas sandalias. Y nos fuimos".

"Saraca", San Pablo, ahí vamos

"Fuimos hasta la hoy huérfana Estación Central y partimos en la primera etapa en tren hasta Melo. Un jockey profesional de Maroñas nos había ofrecido alojamiento en la casa, donde vivían su mamá y hermanos en la capital arachana. Cena por medio, un hermano nos acompañó a sacar el pasaje hasta Bagé, eran cincuenta kilómetros hasta Aceguá y otros cincuenta a la ciudad gaúcha. Nosotros estábamos como perros con dos colas entre tantos paisajes nuevos y el misterio que se abría a nuestros pies. Paró en Aceguá media hora que alcanzó para comprar bananas, dulces y estirar las piernas. Nuestra inocencia no nos hizo pasar por Migración y entramos al Brasil con nuestros cartoncitos de visa sin sellar. Fueron esos cincuenta kilómetros más en ómnibus, sin soñar que tendríamos 30 días después que hacer la ruta de vuelta, a pie, de noche y empapados, más allá del frío. De Bagé fuimos a Curitiba y de allí a San Pablo, llegando el 26 de abril de 1963. Nuestros ojos eran como el dos de oro, asombrados por la gigantesca ciudad. Lloviznaba y no era mucho el frío. Miramos nuestro dinero, subimos a un taxi y el conductor, muerto de risa, dijo que nos alcanzaba para llegar a la Villa Olímpica. Estábamos cerca de sorprender a Floreal. Llegamos entre un mundo de gente, ese día se habían inaugurado los Juegos Panamericanos. Vimos a tres uruguayos que formaban parte del equipo de fútbol, y como estábamos imposibilitados de entrar, les hicimos llamar a los boxeadores. Aparecieron el *Maestro* Carrizo, Trápani y Floreal. Asombrado corre y nos abraza, aun siento su calor. Nos preguntaron si teníamos hambre. Respondimos que estábamos moribundos de 'fiaca'. Vino toda la delegación a saludar a su sacrificada 'hinchada'. Nos dijo Carrizo: pasen la noche como puedan, mañana resolvemos cómo alojarlos. Floreal musitó: *'cuidense'*. Caminamos

unas ocho cuerdas, y dormimos bajo un puente. En un paquete que nos dieron encontramos sangre de solidaridad, eso tan de los humildes: pollo, pan dulce, queso. Comidos, dormimos soñando con nuestros campeones. Mis zapatos habían empezado a sonreírme por el costado de su vieja suela, y un ojo se le agrandaba en su garganta...".

Días de gloria

"Los muchachos nos dijeron que nos iban a mantener informados sobre la salida de los micros para los entrenamientos. A las 8 de la mañana, ya estábamos en la puerta de la Villa. Floreal le cedió su campera deportiva al *Cascarilla*, Carlos Franco al Negro Plá y Washington Trápani a mí, hasta el final de la justa. Eso nos abrió la puerta de la Villa y en las noches a las veladas de boxeo. Subieron al micro y nosotros con ellos. En una de las idas al Centro, mis dos compañeros decidieron invertir los pocos pesos que quedaban. Por solidaridad acepté apenas unos mocasines baratos y además cómodos. En el fondo de mi bolsa aún van las sandalias que me dio el zapatero José. Y comienza el boxeo en el Pacaembú. Debutaba nuestro *Pelado* ante el argentino Ruben Camargo. Pensamos: si es argentino es bueno. Ganó con aplausos, por decisión unánime, Gualberto Floreal; en el tercer asalto el argentino no soportaba ni sus piernas. Una gran pelea. Esa noche vi el primer mordisco que recuerde en un ring. Ringo Bonavena, el argentino, después de ser derribado, ataca y mordió a un gigantesco negro americano. Lo descalificaron. Nunca me olvidaré. Aquellos días fueron de gloria en la Villa para los tres mosqueteros que fuimos en tren y ómnibus a los Panamericanos. Enfundados en las camperas deportivas prestadas nos pedían autógrafos. Parecíamos grandes campeones. Teníamos refrescos por todos lados, pero para no ocasionar problemas decidimos no entrar al comedor. Los muchachos se ingeniaran para traernos comida, que devorábamos, como en un pic-nic junto a un arroyo. Luego Floreal vence a un temible rival, el chileno José Flores, que no sólo le había vencido antes, sino que era técnico y guapo como todo araucano. Sonó la campaña y el *Pelado* seguía pegando y lo vimos llorar de bravura. Tuvimos la oportunidad de charlar con Flores que fue a saludar a su vencedor. Y nos dijo: *'cuando sonó la campaña y seguía pegando, le dije, está bien negro, está bien, ganaste tú'*, y antes de irse nos dijo: *'pueden ir festejando, él será el campeón'*. Nos miramos los tres mosqueteros, estábamos llorando y Floreal era finalista".

La gran final

"Como habíamos mejorado nuestro portugués, estrechamos lazos con un chico llamado Joao que tenía 15 años. En un paseo a Butantán para ver las serpientes, nos presentó a una familiar. Y un amigo de él tenía un quiosco de artículos pirotécnicos desocupado. Fuimos a *'falar'* con el dueño y nos prestó el localcito a 15 cuerdas de la Villa Olímpica. Era en la vereda, tenía un metro ochenta por un metro ochenta y estaba veinte centímetros suspendido del piso, apoyado en cuatro tacos. Ya no íbamos a dormir más bajo el puente. Los vecinos se conmovieron ya que nuestras camperas de atletas les volvía incompresible que durmiéramos allí. Pasamos unos fríos terribles. Poníamos unos diarios en el piso, sobre ellos la ropa que no usábamos. La ropa que teníamos puesta nos la sacábamos y la poníamos del revés para dormir, sin que



Floreal Pelado García, también Gualberto como su padre. En andas del pueblo. Cuando la dictadura entró en la Federación Uruguaya de Boxeo, descolgaron su cuadro de la galería de los campeones. Tupamaro, medalla de oro en los Panamericanos de Box. A él, los luchadores sociales jamás renunciaron, su oro es suyo.

se nos ensuciara más. Dormíamos abrazados para tener calor. *Cascarilla*, por ser el menor y niño mimado, iba al medio. Pensamos qué dirían las chicas que nos pedían autógrafos si nos vieran... Si pareceríamos boxeadores, que cuando no boxeaban los uruguayos e íbamos al estadio, nos llenaban de atenciones. Un hermano brasileño vio al *Cascarilla* tan chiquito, y don Pedro Carrizo les dijo: *'ése que ven ahí, es campeón Mosca tres años seguidos, por eso, para abrir camino a otro, dejó que el Pelado Floreal García representara a Uruguay'*. Ellos miraban admirados al negrito *Cascarilla*.

Y llegó la gran noche. Largos meses, años de entrenamientos para ganar o perder. La gloria o el olvido. Seis boxeadores, un técnico y los tres mosqueteros tras el D'Artagnan que iba a pelear por el oro. Se estremeció Pacaembú, subió el brasileño Pedro Dias. El grito de *¡Brasil, Brasil!* era ensordecedor. Cuando subió Floreal, un puñado de uruguayos a los que se nos sumaron los argentinos, chilenos y los cubanos, gritábamos *¡Uruguay, Uruguay!* Había que ganarle al locatario y al jurado que pesa mucho en estos casos, cuando pelea el dueño de casa".

Floreal arrasó, notable faena

"Comenzó el primer round. Apenas 20 o 30 segundos de 'finteo', como para medir al rival. Después, como una máquina de pulidos engranajes, de menos a más. Girando la cintura y entrando para golpear. El nuestro comenzó a desgastar una y otra vez, y cuando culminó el asalto era insostenible el grito de *¡Brasil, Brasil, Brasil!* Suena la campana y se van los dos al centro del ring. Era clarito que al brasileño le habían aconsejado que no regalara el centro del cuadrilátero, pero lo esperaba para contragolpear, hacerlo seguir sin parar, intentando ahogarlo. Floreal siguió su trabajo. No lo dejó pensar ni armarse. Por cada golpe recibido, pegaba tres. Ataca y ataca. Los brazos se vuelven tenazas que amarran acorralando al brasileño. Lo ahoga, lo confunde. El nortño es valiente y hábil, pero se perdió desorientado. Nada le sale, nada le deja salir el *Pelado*. Termina el segundo asalto.

¡Brasil, Brasil, Brasil! atrona Pacaembú sabiendo que sólo el aliento de la gente podría sostener a Pedro Dias. Pedro Carrizo le habla al oído. Floreal escucha. Campana, segundos afuera, la hora de la verdad. Y el nuestro aprieta aún más el acelerador. Tiene fondo: Le sobra dinamismo. Va a culminar su trabajo de demolición. Lo saca del medio del ring, lo aprieta contra las cuerdas, lo ametralla. Dias intenta agarrarse, salir con pasos al costado, cualquier cosa. Le es imposible, está ahogado. Así culminó. Con nosotros gritando ahogados por las lágrimas. El silencio del estadio avizoraba un ganador. Gualberto Floreal, nuestro *Pelado*, apretaba el bucal. El brasileño parecía caer. Sólo la vergüenza formidable le mantenía en pie. Sonó la campana. Como titanes se abrazaron en el medio del cuadrilátero. Fueron a sus rincones. Nuestro jú-

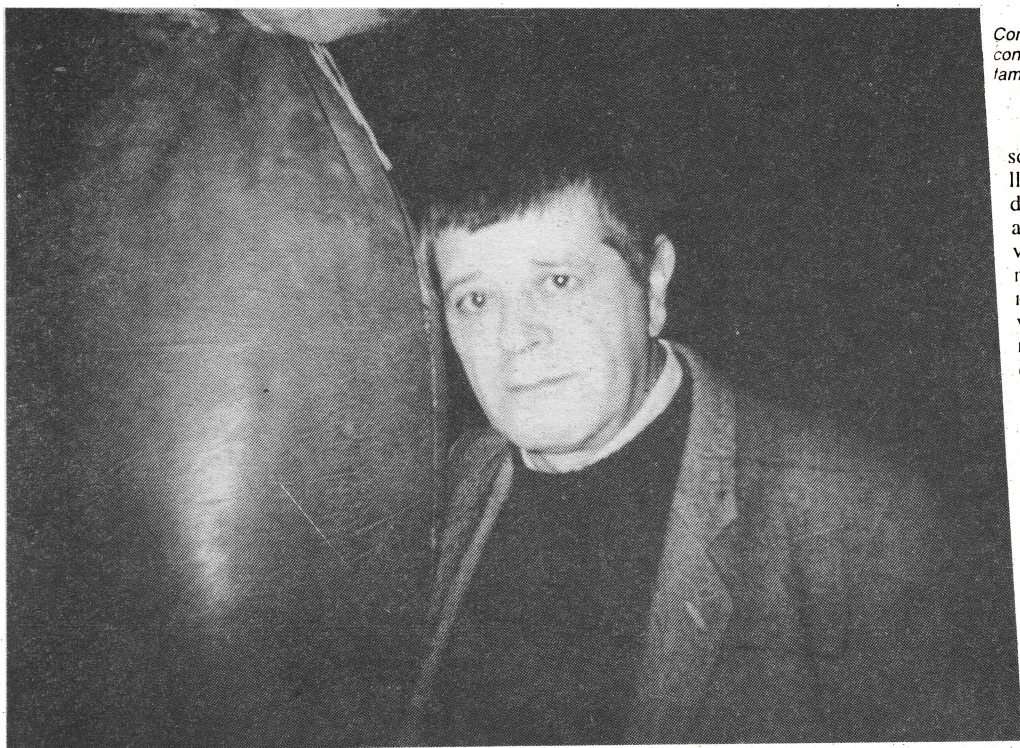
bi- lo era inconmensurable. El juez recogió las tarjetas de los jurados. Llama a los luchadores al centro del ring. Un silencio cortante. Enérgicamente eleva el brazo de Floreal y aquello, hasta mi partida de este mundo, quedará en mi cabeza. Nos abrazábamos, llorábamos estrechados con otros hermanos de nuestra América. Los tres compañeros de viaje nos abrazamos largamente y lloramos sin fin...".

Lo que dijo Buck Canel

"El famoso periodista norteamericano Buck Canel, afirmó que los dos extremos, el Mosca uruguayo Gualberto Floreal García y el Pesado yanqui Lee Carr, serían los futuros campeones olímpicos en Tokio en 1964. Sólo faltaba un año. Nos fuimos a la Villa Olímpica en fiesta. Luego marchamos a nuestro 'bungalow' o quisco callejero de venta de cohetes en plena vereda. Por primera vez, total ya todo había terminado, nos metimos en el comedor al otro día a las nueve de la mañana con nuestro campeón. Ese día nos tocó desayunar a la americana. Costillas, huevos fritos, yo qué sé. Nos atragantamos. Y bueno, a esa altura ya no teníamos ni un peso. Floreal fue adonde ese hospedaban los de Esgrima, entre los cuales varios militares. Habló con un oficial de rango, cuyo nombre le habían dado. Este nos atendió con gran deferencia y felicitó al *Pelado*. Le explicó al oficial de nuestra situación, varados sin un peso en San Pablo. El hombre prometió que a las dos horas tendría una respuesta. Nos volvimos con Floreal abrazando al *Cascarilla*, y dijo algo que nos preocupó: *'Si ustedes no van conmigo, soy yo el que me quedo con ustedes'*. El Negro Plá enteró al técnico Carrizo de la situación, y que nosotros hacíamos cuestión de honor que el campeón y hermano del barrio volviera con la delegación. Pero cuando retornamos, el oficial respondió que no había ningún problema. Que íbamos en el mismo avión que el *Pelado*. Agradecemos locos de la vida y llenos de emoción. Carrizo, don Pedro, nos dijo: *'Mañana, a las 8 de la mañana paramos el ómnibus en la puerta de la Villa Olímpica y ustedes van con nosotros al aeropuerto de Congoñas'*. En un club de la cercanía de nuestro 'bungalow' coheteril, nos bañamos y nos aseamos como siempre. Devolvimos la llave a las 6.30. Nos abrazamos con los hermanos brasileños que muchas veces no nos dejaron pasar hambre. Y fuimos a la puerta de la Villa. Había un gran movimiento. Eramos puros ojos. Paró el bus y subimos. Se oyó un gran griterío de los muchachos, quizás premiando nuestra audacia. Llegamos a Congoñas...".

Los contrabandistas de la patria, el drama

"Estábamos de corrillos, de charla, cuando vimos un grupo en medio de un murmullo que crecía. Nos quedamos fríos, alelados: a Floreal, no lo podían contener, todos su compañeros colgados de su cuerpo, quería atacar a un piloto de la Fuerza Aérea. Fuimos hasta allí. Se lo llevaban entre forcejeos y patadas. Pedro Carrizo nos dijo que el ino-



Con la bolsa de pugilista que no concretó, el amigo de siempre del famoso campeón

cente piloto había venido a comunicar, justo junto a Floreal, que un oficial indicó que por exceso de equipaje no podíamos viajar. Cuando Carrizo preguntó qué clase de exceso, el piloto dijo que era por numerosos bultos. Por eso aquél, tocado en su fibra íntima, reacciona ante el oportunismo y la actitud ventajera de los de cuello y corbata. Más tarde nos enteramos que esos 'bultos' (y no vale la pena citar los nombres a tantos años) eran electrodomésticos que pesaban dos mil kilos, y por ellos preferían dejar a pie a doscientos kilos de carne humana uruguaya. Pero contra la determinación de quienes eran celosos guardianes de sus funciones y responsabilidades para guardar la sagrada imagen de la patria, nada podían hacer allí. Y nos quedamos, confundidos, golpeados, a pie, sin un peso. Sin saber cómo volver. Como al toro día salían otros vuelos de la Fuerza Aérea con delegaciones de otros deportes, le hablamos a todo el mundo. De repente, entre el gentío veo a una persona que tenía como veinte medallas en su pecho. Pensé que debía ser uno de los pilotos de la región. Enfilé hacia él, que estaba con una hermosa mujer, con la que comenzaban a acomodarse en un lujoso restaurante. Con la mayor diplomacia y respeto los encaré, capté su sorpresa. Narré nuestras peripecias y señalé a los 'negritos' que estaban a veinte metros. Por favor dígales que vengan dijo el hombre. La mujer sonreía con ademán complaciente y quedamos los cinco en la mesa. Les contamos nuestras anécdotas. Nos cortó con una pregunta en tono delicado, sobre si nuestra estadía era legal. A lo que respondimos que sí y le mostramos nuestros cartones con la visa. A lo que nos dijo: *'Ustedes están ilegalmente, ya que de esos tres cartones, dos debían haber quedado en la frontera y uno en manos de ustedes'*. Nos queríamos morir, pero el oficial brasileño dijo que nos ayudaría, al tiempo que mandó al mozo que nos sirviera".

Volver era preciso, pero ¿cómo?

"El hombre, dignísimo, educado, fraterno, solidario, nos pide permiso para salir con nuestros cartoncitos. La mujer quedó con nosotros, bebimos con suma moderación y equilibrio ante aquel afecto. La mujer preguntó si teníamos familia, si el Uruguay era bello. Volvió el hombre con los papeles en regla como si hubiéramos entrado ese día. Nos despedimos con un apretón de manos. En otro sector de Congoñas esperamos los vuelos del otro día durmiendo en los sillones. Nadie nos llevó de vuelta. Del consulado uruguayo práctica-

mente nos echaron. La cuestión era no entregarse y, vaya paradoja, fuimos a la Jefatura de Policía, un edificio como de 15 pisos. Leímos los carteles y optamos por Interpol. Ascendimos a lujosas oficinas en ascensor. Tres o cuatro tipos armados nos atienden y nos derivan a otra oficina aledaña. Nos solicitan la documentación. Nos dejan en confortables sillones esperando. Llega una joven que dijo tenía encomendado mostrarnos el edificio y fuimos. Al retorno, dos agentes nos sorprenden: *'Si ustedes hubieran resultado malandros los devolvíamos a su país, pero lamentablemente no tienen antecedentes y nada podemos hacer por ustedes'*. Vaya cosa, solo podían hacer algo por delincuentes. Y nos señala a uno de sus acompañantes diciéndonos que él podía ayudarnos. Qué tipazo, se llamaba Vicente, era agente de Interpol, cronista policial del diario *Ultima Hora*. Esta inolvidable persona nos consiguió albergue y dónde alimentarnos durante una semana. Conocimos lujosos locales, mitad restaurantes y mitad cabarets, y una noche el comedor del *Jornal do Sao Paulo*. Por las noches nos ubicaba en el Complejo Deportivo del Estado, donde fuera semanas después residencia del equipo de Canadá que disputó el Mundial de basquet del año '63. Un día nos envía a una organización evangélica. Nos atendieron fraternalmente y nos enviaron a una oficina de Migraciones, que se encargaba de restarle inmigrantes a la ya aborrotada capital paulista. Consigue mandarnos en tren a Porto Alegre, en un viaje de 92 horas, créase o no. El ferrocarril salía para el Noreste, luego iba al Oeste, para terminar en el Sur. Allí viajaba la gente que expulsaba la ciudad. Defraudados de la ilusión de una mejor vida, teniendo como vivienda los viaductos, las entradas de locales comerciales, mercados o chozas, 'barracas' en las favelas, dolor y miedo. Ni qué hablar de hambre. Así en esa sufrida caravana, salimos de San Pablo, en tanto al Uruguay los aviones salían llenos de electrodomésticos..."

Cuando no se podía llegar

"Llegamos a Porto Alegre y con una tarjeta que nos dio Vicente fuimos a la Asociación de Estudiantes, donde conseguimos dormir. De día, cédula de identidad en la mano, salíamos a mamar para comer y juntar el dinerito para el pasaje hasta Bagé para empezar. Decíamos a la gente nuestra verdad y fuimos consiguiendo algunos pesitos. Nos apoyaban con gran afecto. El 22 de mayo ya teníamos el dinero que, según había averiguado Plá, costaban los pasajes. Subimos al tren,

sorprendidos porque no nos alcanzaba para llegar a Bagé, sino hasta Santa María, mitad del trayecto. Llegamos y nos informaron que allí Uruguay tenía cónsul. Estaba en Montevideo y el moreno que nos atendió deferente nos dijo que nada podían hacer. Nos dirigimos a la Policía, y allí nos dejaron dormir varios días. A la sazón ya hacía mucho que nos habíamos separado de Floreal, eran 15 días y en Montevideo ni sabían por dónde andábamos si querían ayudarnos. Otra vez, mangando puerta por puerta conseguimos para el tren y nos fuimos a Bagé, tras despedirnos de unos chilenos, compañeros de vicisitudes. Llegamos a esta ciudad pelados, sin un mango. Teníamos algunos planes diferentes. El *Negro* Plá planteaba ir a la comisaría y quedarnos allí, hasta el otro día. Yo estaba por irnos caminado los cincuenta y tantos kilómetros hasta Aceguá. Dije que pensaran que estaba anocheciendo y salir a mamar a esa hora no era prudente. Si salíamos ya, al amanecer estaríamos en tierra uruguaya. *Cascarilla* era votante que desempataba y me apoyó".

Cuando el frío pareció mortal

"Si hubiera sabido la odisea que nos esperaba, no hubiera planteado irnos caminado en la noche. Llenamos las alforjas en algunas fraternas panaderías y nos dirigimos a la ruta, por aquellos tiempos de balasto, muy primitiva, sin la menor señalización. Empezamos caminando rápidamente y de inmediato nos sumergimos en la profunda oscuridad. A las dos horas, ya veíamos, lejos y a lo alto, el resplandor de las luces de Bagé, que quedaba atrás. En nuestro sentido se detuvo un jeep de la guardia fronteriza, armados a guerra. Miraron educadamente nuestros documentos, y nos dijeron que como a las doce de la noche pasarían tres camiones de carga hacia Aceguá. Nos auguraron una noche muy dura, y así fue. A medida que avanzábamos, temíamos haber errado de camino, habernos confundido. Tirábamos piedras para la banquina, por si habían precipicios. Comenzaba por la medianoche a caer una terrible helada. Nos envolvimos con toda la ropa que llevábamos, pero era inútil, nos congelábamos. Yo ya andaba con las benditas sandalias que me había dado el armenio José. Pasaron los tres camiones y ninguno nos paró. La verdad, si yo era camionero tampoco les hubiera parado a esos tres extraterrestres. La ropa empapada, íbamos reduciendo la marcha. Junto a unos árboles pretendimos hacer un fueguito. Resultó imposible, las maderas mojadas no sirvieron para nada. En cucullas nos apretamos los tres, pretendiendo pegar un sueñito. Imposible. De repente, cuando todo parecía perdido, comencé a hablar en voz alta. De nuestros seres queridos, nuestro barrio, el triunfo de Floreal. Cuando callé, *Cascarilla* me reclamó: *'Seguí hablando'*. Lo hice. Nunca en mi vida soñé tanto que apareciera el sol. Acusábamos, con el pasar de las horas, dolores agudos en la espalda, la ingle, rengueábamos. Finalmente, cuando amanecía vimos una casa. Estaban ordeñando. Nos dieron leche, un paquete de galletitas y en el camino venía una camioneta Chevrolet. *'Suban'*, dijo el hombre, y nos llevó los últimos dos kilómetros que nos separaban de Aceguá. Vimos un camión del Ejército uruguayo, le contamos nuestra horrible marcha, Nos llevaron al destacamento, donde nos tuvieron dos días, al cabo de los cuales nos mandaron a Melo con un camión del cuartel. Como teníamos gran apuro, nos lleva a un ómnibus que hacía Aceguá-Melo, habla con el guarda y nos hacen subir. Algunas personas vieiron que veníamos reventados y nos ofrecieron los asientos, los que rechazamos amablemente. En Melo nos volvieron a dar hospedaje y comida los Silva. Nos bañamos y afeitamos. En plena mesa, con un silencio impresionante, debimos contar nuestras peripecias. Era el 23 de mayo de 1963. Al otro día, un camionero nos trajo gratis a Montevideo. Nos bajamos del camión en General Flores y Salustio..."

De frente a la injusticia

"A la una de la tarde entramos en la casa de los García. Llegábamos 23 días después que nuestro campeón. Una explosión de gritos y abrazos que inundó el barrio. Luego marchamos a nuestras respectivas casas. Nos habíamos perdido todos los justos homenajes que recibió Floreal. Era el primer pugilista uruguayo en la historia que recibía una medalla de oro. Para que no se hicieran profesionales y pudieran pelear por las medallas en los Juegos Olímpicos de Tokio, decidie-

ron prometer darles un empleo estatal a él y a *Cuerito* Rodríguez. Por entonces la preparación era a muerte. Yo me radiqué en Minas, donde trabajaba en una casa de remates, y pasé a jugar del Centella, a El Tanque minuano. Pero en Montevideo las noticias no eran buenas. Otra vez no cumplían con la promesa del trabajo a nuestros representantes olímpicos. Lo veo luego sentado en una plaza: *'No puedo más Pocho, no puedo más'*. Sentí la tibieza de sus lágrimas en mi rostro: *'Se rien de mí, Pocho. De mi familia. Tantas promesas que no cumplieron...'*. Quise disuadirlo de su desertión, pero él sabía lo que hacía. Noté lo que habían hecho con un muchacho que sólo tenía nobleza. Sin el rebuscamiento que puede dar la cultura, espontáneamente. Honestamente. Quiso trabajar para ayudar a su familia, ante las promesas incumplidas, y lo separaron por indisciplina. Los delegados del Villa Española y el Palermo fueron la excepción, votando contra la injusticia. Tres especialistas de box fueron claros y precisos: José Laurino, Walter Billi y Luis Cures les discutieron la decisión por errónea, injusta. Nos enteramos de la medida en Minas. Al otro día vuelve a la capital por su familia y el amor de su vida, Yolanda Hernández, una chica clásica de barrio que amasó, entre el dolor y la alegría, las ilusiones de siempre. Días después vuelve a Minas. Floreal había cambiado un viaje a Tokio por un trabajo en las serranías de Minas. En las noches de fogón, a los pies de un ombú, compartíamos las horas con la Spika, su tesoro, que le permitía mantener su culto por Gardel. Eran interminables charlas de índole social y política. Era un humanista. En el '65, Roberto Cuomo le emplea en su empresa, CUOPAR, lo que le permitiría apoyar a su familia, que era su simple sueño. Un día de junio de 1971 fue detenido por su actividad política. Sale un año y medio después por un *habeas corpus*. Es obligado a dejar el país y se va a Chile. Eso era en febrero del '73. En el país trasandino se gestaba el golpe contra Allende, ya con Pinochet apurando los engranajes de los que sería la cruda represión, y lo aconsejable era salir. Floreal y Yolanda, en situación de extremo peligro viajan a Buenos Aires. Se radican en la provincia. Trabajan, luchan en vida normal y hasta compran su primer auto. Cuentan que un domingo, una familia uruguaya festejaba el cumpleaños de su pequeño hijo. Se hicieron presentes ambos y el pequeño Amaral. La reunión fue de gran alegría. El *Pelado* se ofreció ir a buscar unos pollos más. Comenzó a demorar. Todos se pusieron nerviosos. Era el 9 de noviembre de 1974..."

Valientes asesinados cobardemente

"La manzana estaba rodeada de militares argentinos. Uno pregunta por Yolanda. Ella abraza instintivamente a Amaral: ¡Cuántas cosas pasarían por su cabeza! ¡Cuánto horripilante temor por el hijo querido! Sabía bien ella cómo actuaban esas organizaciones cuando escapan a los marcos legales, sin lástima de nadie. Triste pero fácil es suponerse las amenazas contra la integridad del niño, cuántos días y cuántas noches de infernal pesadilla. Sin dudas sólo los protagonistas saben eso. Ser parte de un cuadro de barbarie e in nobleza. La vida cobra y la vida paga. Imposible ocultar algo, los ojos de ésta lo abarcan todo. Y todo lo sabe. No precisa de jueces, ni de veredictos, sentencias o amnistías. Para ella, señor presidente, doctor, empresario u obrero, ella es la vida, ella determina. Lástima que muchos lo olvidan. Vivíamos en ese tiempo, en una humilde pero acogedora casilla de la calle Niágara al 490. Era cerca del mediodía cuando siento que Jacinto me llamaba desde el portón; al salir a su encuentro noto que estaba agitado. Le pregunté: *'¿hermano qué pasa?'* Me contestó *'Mataron al Pelado y a Yola, lo pasaron recién por la cadena de televisión'*. Era el 20 de diciembre de 1974. Habían aparecido seis cuerpos ametrallados y con señales de tortura, cerca de la ruta 8. Los cuerpos fueron entregados a sus deudos, a sus familiares, un día de colores apagados y calma llovizna. Los acompañamos a la funeraria de General Flores e Itacumbú. Más tarde a su último refugio material, el Cementerio del Norte. El furgón con los cuerpos, algún auto y un camión con una veintena de personas. Eran días difíciles, donde el cariño y la amistad podían ser mal interpretados..."

—*Importa su reflexión sobre Amaral, la criaturita.*

—El pequeño, perdido en el drama, apareció y conoció los hechos ya adolescente. Simpático, vivaz, lleno de humildad que, como su fortaleza espiritual, tiene origen en los dos eslabones que le trajeron a la vida. Disculpe, creo que conté lo que nunca se había contado. Nada más..."

A 30 años de la caída del Che en Combate

Conmemoralos junto al Pueblo Cubano...
2 PASAJES IDA y VUELTA a CUBA
con HOSPEDAJE INCLUIDO

\$ 30

Nº



Organiza: MLN-T
MPP - FA - EP

JUEGA CON LA ÚLTIMA LOTERÍA OFICIAL DEL MES DE SEPTIEMBRE DE 1997
EL PREMIO SE RETIRA EN TRISTÁN NARVAJA 1579 HASTA EL 30.10.97